

PALABRAS DEL EMBAJADOR DE ESPAÑA DON JOSE A. GIMENEZ- ARNAU, EN LA CONMEMORACION DEL CENTENARIO DE RUBEN



El embajador de España en Río de Janeiro, señor Giménez-Arnau, pronunciando una conferencia sobre «Rubén Darío, poeta de la Hispanidad», como clausura de las efemérides ruberianas.

CUANDO se me ofreció el alto honor de participar en este homenaje al gran Rubén Darío, el día en que se cumplen cien años de su nacimiento, mi primera reacción fue negativa. Yo, modestamente, también rezo mis letanias y entre ellas figura la de: «...de las conferencias, librame, Señor!».

Ocurría, sin embargo, que quien me pedía esta participación era mi buen amigo don Justino Sansón Balladares que tiene sobre mí no sólo la influencia de su amistad, sino la autoridad de embajador sobre quien participa orgulloosamente de una doble nacionalidad hispano-nicaragüense, consecuencia de un tratado que me cupo el grandísimo privilegio de firmar, en nombre de España, el día de Santiago de 1961 junto con el llorado y admirado René Shick.

Con terminología dariana aquí está, pues, el pigmeo para ocuparse del gigante. En análoga situación se encontró él, se encontró Rubén cuando, sólo contando catorce años, hubo de intervenir en la velada del duelo que el Partido Liberal organizaba en León en honor de Máximo Jérez.

*Y te he de cantar... Mas, ¿qué?
si aunque me abrase el deseo,
¡oh genio!... yo claro veo
imposible es que te cante;
que en la tumba de un gigante
no ha de cantar un pigmeo.*

Al hablar de Darío, a no haberse felizmente sugerido un aspecto concreto de su personalidad, yo muy probablemente me hubiera inclinado a referirme a mis muchas afinidades con el poeta. Afinidades —no sería necesario subrayarlo— de corteza, de superficie. Que mi falta de discreción no llega a olvidar el gran abismo que separa mi mediocridad de su grandeza. Pero externamente, una larga serie de coincidencias se producen que aumentaron lógicamente mi natural simpatía por el genio nicaragüense.

Hubiese hablado, en primer lugar, de nuestro común nacimiento, y de nuestro común nacimiento por puro azar, en un pueblo que, luego, nuestros pies no iban prácticamente a volver a pisar. Hubiera hablado de Metapa, la cuna de Rubén, ese Belén —dicho sea sin la menor sombra de irreverencia— ese Belén en el que el poeta viene al mundo entre adobes, humildad y pobreza.

Hubiera hablado de nuestra común pasión —pasión casi maniática— por los viajes con itinerarios muy parecidos, Nicaragua, Guatemala, Chile, Argentina, Brasil, España, Francia, Italia... Oigo esta enumeración y me parece que de mí mismo se trata que todos esos países recorrí y conocí y amé.

Hubiera, naturalmente, aludido, a su actitud ante la fe. Actitud más atrita que contrita; fe de carbonero como la mía que se estremera recordando aquellas estrofas tremendas de dolor y de esperanza:

*«Jesús, incomparable perdonador de injurias
... dame contra el sañudo infierno
una gracia lustral de iras y lujurias».*

una fe de carbonero, como la mía, que se estremera con estos versos y que también, como él, se agarra «a la plegaria como de un paracaídas».

Hubiera, finalmente, aludido a la obvia afinidad de nuestra profesión diplomática que él de modo tan respetuoso —y no siempre se es respetuoso con esta ironizada profesión—, que, él de modo tan respetuoso y brillante ejerciera con orgullo y satisfacción.

Pero, para fortuna mía, el buen sentido del embajador Sansón Balladares, me mostraba la senda y la justa senda por la que yo debería hoy llegar hasta Rubén; me marcaba el tema de mi disertación: «Rubén y la Hispanidad», tema que me era especialmente atractivo porque, entre otras cosas que luego se dirán, el gran poeta nicaragüense, que yo sepa, es el primero que inventa y practica la doble nacionalidad dejando emocionada prueba de ello en aquellos famosísimos versos:

*Yo siempre fui, por alma y por cabeza,
español de conciencia, obra y deseo,
y yo nada concibo y nada veo
sino español por mi naturaleza.*

Era español pero era indio también. Cuando su «quid pro quo» con don Miguel de Unamuno no le duelen prendas y dice al Rector de Salamanca: «Es con una pluma que me quito debajo del sombrero con la que le escribo». Sí, indio. Mas español también. «Un indio todo español» como Joaquín Pasos nos dice en ese «Villancico Indio» al que yo me refería aquí en Río de Janeiro, el pasado 12 de Octubre.

La primera lección de Hispanidad —entre las muchas que va a dar en su vida— la proporciona, pues, su propia persona. Oí decir en Nicaragua a Julio Ycaza, hablando de este mismo tema, algo que me parece fundamental repetir ahora:

«En el hombre Rubén la Hispanidad es realidad vital de mestizaje biológico y espiritual. Sin esta mestización indohispana no puede concebirse la poesía de Rubén ni puede concebirse y existir la Hispanidad de que esta poesía es una de las más altas expresiones.

»A través de su sangre española, Rubén siente como propia la herencia de valores hispánicos. A través de su sangre indígena comprende y asimila esta herencia hispánica en su capacidad de fecundación espiritual y la refleja y proyecta en su dimensión universal. Lo indígena es sublimado en lo hispánico, es asumido por lo hispánico y cristianizado y proyectado dentro de la Cultura de Occidente y en función de Historia universal.»

Creo que es difícil expresar con más claridad que Julio Ycaza la aportación decisiva de Rubén, empezando por su propia persona, da a un concepto que está vivo desde que las carabelas zarpan de Palos, pero que sólo va a ser bautizado siglos más tarde.

Mas no iban a detenerme aquí los legados que Rubén Darío otorga a la Hispanidad. Y no que él haya sido desde un principio —aunque en el recordado verso él hable de «siempre»— un español automático. Tuvo sus años en que Hugo, Verlaine, Gautier y otros galos le arrastran hacia el Sena. En esa dirección le impulsa también un convencimiento de que «hemos llegado a un estado tal en nuestra América, hemos vivido una vida tan rápida, que es preciso dar nuevas formas a la manifestación del pensamiento, forma vibrante, pintoresca, y, sobre todo, llena de novedad y libre y franca». Para este objetivo, para esa renovación América es el eje. Rubén, en efecto, escribe: «La evolución que llevara el castellano a ese renacimiento, habría de verificarse en América, puesto que España está amurallada de tradición, cercada y erizada de españolismo. "Lo que nadie nos arranca, dice Valera, ni a veinticinco tirones". Y he aquí cómo pensando en francés y escribiendo en castellano que alabaran por lo castizo académicos de la Española, publiqué el pequeño libro que iniciaría el actual movimiento literario americano, del cual, según José María de Heredia, el renacimiento mental de España».

Pero el sentirse jefe de ese renacimiento no va a impedirle prestar decisivos servicios a España y a la Hispanidad. Quiero, permaneciendo dentro del tema que me fue asignado, fijarme más en su aportación a lo hispánico que a su creación poética. Dejemos, pues, el modernismo, olvidemos la influencia que Rubén va a ejercer durante muchos más años de los que él mismo imaginara en los poetas de habla española, y vayamos, a través de su verso, su prosa y su gesto, a probar que el mestizaje de Rubén es el primer descubridor de la existencia aún no bautizada de la Hispanidad.

Estamos en 1898. Fecha tremenda para España que debe redactar en ella, con mano temblorosa, la partida de defunción de su Imperio. Setenta años de intervalo y una poblada amistad entre los entonces enemigos, permiten recordar lo que provocó lógica pasión en la lucha entre David —sin honda— y Goliat. Que los españoles reaccionen airada y heroicamente es lógico. Pero lo es menos que sea en 1898 un nicaragüense quien, heroico y airado, nos deje un soneto en endecasílabos que aún hoy difícilmente se puede recitar con la voz clara y los ojos secos:

*Dejad que siga y bogue la galera
bajo la tempestad sobre la ola
va con rumbo a una Atlántida española,
en donde el porvenir calla y espera.*

*No se apague el rencor ni el odio muera
ante el perdón que el bárbaro enarbola;
si un día la justicia estuvo sola,
lo sentirá la Humanidad entera.*

*Y bogue entre las olas espumeantes,
y bogue la galera que ya ha visto
cómo son las tormentas de inconstantes:*

*que la raza está en pie y el brazo listo,
que va en el barco el capitán Cervantes
y arriba flota el pabellón de Cristo.*

La escuadra de madera ha sido hundida. Frente a una larga serie de muertos que han repetido con su conducta la respuesta de Churrucá cuando, en plena derrota de Trafalgar, pone rumbo al enemigo y replica a quien le pregunta, «¿dónde vas?», con un simple «voy al fuego», frente a una serie larga de muertos de la escuadra de madera, apenas unos contusos en la escuadra de acero intentan equilibrar aquella lucha que fue siempre, en los motivos, en los medios y en la actitud, una lucha totalmente desequilibrada. Luego viene

el silencio, la paz impuesta, la amargura solitaria, allá en la península mediterránea en que arraiga la desesperanza en que —a pesar de los que quieren «cerrar el sepulcro del Cid bajo siete llaves» volviendo sus ojos a Europa— la atención se fija en las pequeñas plazas de toros del gran ruedo ibérico mientras se cierra el ciclo y, tras el olvidado imperio cuando el sol no se ponía, queda sólo el pequeño entristecido solar en el cual parece que el sol no va a volver nunca a nacer.

De julio de 1898 a marzo de 1899 han transcurrido apenas unos meses. Y, sin embargo, ya Rubén empieza a sacudir a España para sacarla de un letargo que puede ser más fatal que mil Cavites y mil Santiagos de Cuba. En sus versos «Al Rey Oscar» cuando, ocho meses después del desastre, el Rey de Suecia y Noruega va de «peregrino real, a la morada que entristeció el destino», dice emocionadamente:

*Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire
mientras la onda cordial alimente un sueño
mientras haya una viva pasión, un noble empeño,
un buscado imposible, una imposible hazaña,
una América oculta que hallar, vivirá España!*

Mas estos versos, tan reciente la tragedia, a casi todos pueden parecer generoso elogio a un pasado que concluyó con honra pero sin posibilidad de recuperación. Será sólo más tarde cuando Rubén escriba un verso que es para mí la partida de bautizo de la Hispanidad tal y como muchos años después hemos venido a entenderla. Me refiero, naturalmente, a esa pieza estupenda, no sé si mejor aún política que poéticamente con ser poéticamente maravillosa, cuyo título es: «Salutación del optimista».

Empecemos por el principio. Empecemos por el título. ¿«Salutación del optimista»? ¿Hay ironía en Rubén? No, no es creíble que la haya. Hay simple y dolorosa donación de aquel poco optimismo que en 1905, fecha de la composición poética, quedaba ya en su sangre y en su alma.

Emocionante que él decida, por España y por la Hispanidad ser optimista, pocos meses antes de escribir:

*Aquí, junto al mar latino
digo la verdad:
siento en roca aceite y vino
ya mi antigüedad
¡Oh, qué anciano soy, Dios Santo,
oh, qué anciano soy!...*

¿Recordáis el final de la poesía? Ella os dirá hasta qué punto es optimista:

*Como en medio de un desierto
me puse a clamar:
y miré al sol como muerto
y me eché a llorar.*

Emocionante también que la «Salutación» esté escrita el mismo año de aquellos otros versos:

*Como la esponja que la sal satura
en el jugo del mar, fue el dulce y tierno
corazón mío, henchido de amargura
por el mundo, la carne y el infierno*

Éste es, en el mismo 1905, el «optimista» autor —¡quién sabe con qué tremendo esfuerzo!— de esa «Salutación» que, si tenéis la paciencia de seguirme aún pocos minutos, vais a ver cómo constituye una de las más fundamentales bases de la Hispanidad.

Ya no es, como seis años antes, necesario cantar el pasado, ya Rubén se atreve a enfrentarse con el futuro...

*... mágicas ondas de vida van renaciendo de pronto;
retrocede el olvido, retrocede engañada la muerte;
se anuncia un reino nuevo, feliz sibila sueña
y en la caja pandórica de que tantas desgracias surgieron
encontramos de súbito, talismánica, pura, riente,
cual pudiera decirlo en sus versos Virgilio divino,
la divina reina de luz, ¡la celeste Esperanza!*

No es ya el respetuoso «requiem» que su verso «Al Rey Oscar» significaba. Es la fe de vida. No sólo de la vieja España, ni tampoco de la joven América, sino de esa Unión —la Hispanidad— que constituyen las dos. Fe de vida que ha decidido acabar con aquella depresiva entrega en que, en ambos lados del océano, los pueblos hermanos parecían querer hundirse.

*Abominad la boca que predice desgracias eternas,
abominad los ojos que ven sólo zódiacos funestos,
abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres
o que la tea empuñan o la daga suicida.*

Y para terminar, un profético programa que parece imposible haya sido escrito hace más de sesenta años:

*Unanse, brillen, secúndense tantos vigores dispersos;
formen todos un solo haz de energía ecuménica*

*vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu ardiente
que regará lenguas de fuego en esa epifanía.*

*Un continente y otro renovando las viejas prosapias,
en espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua,
ven llegar el momento en que habrán de cantar nuevos himnos.*

Y el optimista afirma el resultado que, como tantas veces pudimos comprobar, cumplidas sus consignas, era inevitable:

*La latina estirpe verá la gran alba futura,
y en un trueno de música gloriosa, millones de labios
saludarán la espléndida luz que vendrá del oriente.*

Sí, Rubén así ha sido y así siempre será. Como tú, desde tu impuesto y doloroso optimismo nos prometieras.

*Y así esperanza la visión permanente en nosotros
benditas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!*

Hace hoy siete años, en su cumpleaños, yo fui a dar las gracias a Rubén. No en Managua, claro, que yo conocía el Soneto de Manuel Machado.

*Solamente en Managua hay un rincón sombrío,
donde escribió la mano que ha matado a la muerte:
«Pasa viajero: aquí, no está Rubén Darío».*

No le busqué en Managua. Fui a León y, allí en la Catedral, dejé unas rosas en aquel mármol bajo el que reposan sus cenizas. Mirando la suya no pude menos de pensar en otra tumba que conocí en Hungría, cerca del Balaton, donde fue enterrado un poeta al que, como epitafio, dieron simplemente tres palabras: «Sólo el cuerpo». También con el poeta nicaragüense es así. Sólo el cuerpo, Rubén. Tu alma grande, creadora, inmensa, flota sobre el mundo hispánico y aquí mismo, en esta noble Universidad de Río de Janeiro, está flotando ahora junto a nosotros que nos reunimos hoy para celebrar y agradecer el regalo de tu nacimiento.

HOMENAJE DE UN GRAN COLOMBIANO A RUBEN

Fernando Londoño y Londoño, Embajador de Colombia en Brasil Antiguo Canciller de Colombia

CON ocasión de cerrarse el año de las conmemoraciones centenarias de Rubén Darío, organizó el Embajador Sansón Balladares insuperable sesión académica en la Universidad del Brasil en Río de Janeiro; reprodujo un pulcro folleto, las publicaciones panegíricas de la prensa brasileña, y rindió en su casa homenaje a Giménez-Arnau, Embajador de España y autor de soberbia oración de alabanza para el consagrado nombre. De las tres espirituales manifestaciones, quiso el Embajador de Nicaragua hacerse partícipe, divulgando en todas ellas, generosamente, el sentido de adivinación y de esperanza con que mi patria reconoció al poeta de Nicaragua y le ofreció medios para enderezar el paso hacia universales culminaciones.

El folleto que el Embajador de Nicaragua me entregó con autógrafo envío, contiene, además de la rica suma de textos laudatorios, las fotografías de los monumentos que él, su esposa, sus hijos y sus amigos levantaron en ciudades y burgos nicaragüenses para las placas recordatorias que fueron fundidas en Brasil. Tales monumentos aparecen en el opúsculo como el itinerario en piedra de una

patriótica piedad, de una gratitud conmovida y vigilante. Algo así como hitos divisorios que señalarán, para siempre, las fronteras espirituales de la dulce y noble patria del gran Embajador Sansón Balladares.

El acto de la Universidad será inolvidable en las conmemoraciones rubendarianas. La oración de Giménez-Arnau quedará entre lo mejor que se haya intentado para interpretar a Darío en las raíces de la sangre, según la fluencia desigual de sus estirpes —española e india— que, integrándose, dieron lugar a las voces múltiples y fueron causa del enigmático acento. La semejanza crítica de Donatello Grieco —un silabeo adolescente sobre un pentagrama de imprevistos alumbramientos—, es modelo de una buena prosa y fuente de afinados juicios. Así también tuvo luz propia, la tersa, la elocuente improvisación de Pedro Calmón, el consagrado orador de las conmemoraciones centenarias de Managua. Y Sansón Balladares, finalmente, generoso, oportuno y brillante, le dio adecuado final a un acto de insuperable solemnidad. Fue allí también, y luego otra vez en su casa donde el Embajador Sansón Balladares hizo agra-

decido recuerdo de Colombia y de sus augustos Jefes de Estado Rafael Núñez —el Presidente filósofo— y Miguel Antonio Caro el humanista Presidente, quienes —ambos poetas— presintieron el genio de Darío sobre los tumultos de su juventud y lo dotaron de medios para vivir y para glorificarse.

Cuando pienso, en el culto tenaz que el Embajador Centroamericano, Sansón Balladares, rinde a Darío; en la guardia fidelísima que ha montado en el portalón de su gloria; en el amor perseverante con que resume al poeta en la patria nicaragüense, no puedo menos que traer a la memoria el apóstrofe consagradorio de Guillermo Valencia sobre Rafael Uribe en la hora de su apoteosis fúnebre... «insomne lamparilla que ardió permanentemente delante de los patrios altares». Eso ha sido Sansón Balladares en su embajada rubendariana, en la cual la terca nota de su entusiasmo estético y nacionalista, salvó obstáculos de idioma y genio para ganar otro mundo a la gloria de su esclarecido compatriota.

Río de Janeiro, 16 de febrero de 1968.

LA conmemoración centenaria —18 enero de 1867— del gran poeta nicaragüense

Rubén Darío, ha puesto durante un tiempo en la actualidad española, y de todos los países de habla hispana, el nombre del gran renovador de la lírica castellana. Pueril sería a estas alturas del tiempo y del espacio el tratar siquiera sea a título de obligado comentario, sobre la importancia de la métrica empleada por el poeta, el ritmo y la cadencia de un verso nacido al calor de la más profunda espiritualidad, porque el vate y su obra están prolijamente estudiados a partir de una notoriedad que no precisó de la muerte del autor de «Sonatina», ni será preciso subrayar el españolismo de Darío y su amor por un país que ya de lejos sentía y admiraba. España y Francia fueron sus amores dilectos en los años postreros, sin que ello quiera significar el más pequeño olvido o postergación para su amada patria nativa en la que había de agotar las últimas horas de su vida.

Cuando el poeta de la lírica juventud de finales de siglo viene por primera vez a España (1892), hace ya cinco años que «Azul» ha grabado su nombre literario —el suyo nativo era Félix Rubén García Sarmiento— en la nueva generación literaria y de los poetas españoles. Con él, con Rubén Darío, la métrica de claras y sonoras modalidades abrirá un paréntesis iniciativo de una nueva época. Todo un compendioso bagaje poético, por anticuado, ha quedado atrás. El verso de Rubén Darío ha trazado, como una flecha disparada al viento, un nuevo cauce al pensamiento y a la lírica nacional. El emotivo viajero nicaragüense produce su impacto en la inquietud fervorosa de los que bordan en el cañamazo azul de los sueños. Aquel año 92, tiene un enorme valor espiritual para los hombres que piensan y producen en nuestra lengua: la celebración del Congreso Literario Hispanoamericano, organizado por la Asociación de Escritores y Artistas Españoles e iniciado por su presidente el gran poeta don Gaspar Núñez de Arce y que habría de celebrarse en Madrid para conmemorar, especialmente, el cuarto Centenario del descubrimiento de América y hacer un llamamiento a todos los pueblos de origen español para sentar las bases de una gran inteligencia fraternal literaria que, al procurar la conservación e integridad de la lengua castellana estrecharía los vínculos ultranacionales y logrará resultados de indudable beneficio para los libros españoles y americanos; mantener la pureza del idioma, afianzar relaciones de solidaridad y proteger el comercio de librería. Tuvo lugar el Congreso de repercusión en todo el ámbito nacional, entre el 31 de octubre y 10 de noviembre de aquel año de 1892. Las sesiones se celebraron con la presidencia, en nombre del Gobierno, por el señor Cánovas del Castillo, presidente del Congreso; el de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, don Gaspar Núñez de Arce; vicepresidentes: general don Vicente Riva Palacio, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de México; don José Carvajal, representante de la Academia de Jurisprudencia y Legislación, escritor, abogado, ex ministro y diputado en Cortes; don Manuel M. de Peralta, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Costa Rica; don Antonio María Fabián, escritor, académico de la Lengua y de la Historia, ex ministro y senador del Reino; don Juan Zorrilla de San Martín, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del Uruguay, y don Nemesio Fernández Cuesta, escritor y redactor-jefe del «Diario de Sesiones» del Congreso de los Diputados. Ciento veintinueve vocales, figuras todas ellas insignes de las letras y de las artes hispanoamericanas, completaban la lista de los elementos integrantes de una representación congresista en la que en su mesa de honor, figuraba el Excmo. Sr. Don Roberto Lacasa, Presidente de Nicaragua y en la Mesa efectiva, Rubén Darío, como Delegado de la misma República, y es curioso observar que en la Memoria leída por don José Alcalá Galiano, sobre los servicios que en el desempeño de su cargo pueden prestar los cónsules al comercio de libros, al referirse al



La Asociación de Escritores y Artistas Españoles concedió este título de socio honorario a favor del «Señor Don Rubén Darío», en Madrid, el 30 de junio de 1893. Firman el presidente de la Asociación, don Gaspar Núñez de Arce; contador, don Benito Zozaya, y secretario, don José del Castillo Soriano.

poeta nicaragüense asistente al repetido Congreso lo tituló, lleno de fervorosa devoción «el pintoresco, elegante y vigoroso Rubén Darío, uno de los vates de más alto vuelo del Parnaso Americano».

Cuando Rubén Darío llega en aquella ocasión a Madrid, sabido es que se hospeda en la fonda de «Las Cuatro Naciones» sita en la calle del Arenal, donde a la sazón vivía nuestro insigne Menéndez y Pelayo, pero don Marcelino no estaba, pues se había marchado a Santander. Fue entonces, y no en 1899, como se ha dicho, cuando Rubén Darío conoce a don Gaspar Núñez de Arce, pues si Darío viene en 1892, no sólo como congresista, delegado de su país, sino que tiene un puesto de Secretario en la Mesa Efectiva del Congreso, como hemos visto, es de suponer, que obligadamente tuvo que ser presentado y conocer a don Gaspar Núñez de Arce, que como Presidente de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles lo era a su vez del Congreso en el que el poeta nicaragüense tuvo una destacada intervención. A mayor abundamiento, poetas los dos, era lógico que desde el primer momento se estableciera un afectuoso contacto y amistad —ya famosos los dos— sin perjuicio de afianzar el trato y mutua devoción, cuando a partir del primero de enero de 1899, Rubén Darío se encuentra de nuevo en Madrid (1).

Entonces sí son posibles aquellos sus paseos por el Salón del Prado, escenario un día de la vida del Madrid romántico, centro de reunión de damiselas, de petrimetros y de elegantes. Por allí paseaba sus melancolías y desesperanzas el fantasma viviente del gran Mariano José de Larra. Don Gaspar se fatigaba mucho y no es raro presumir que juntos buscaran el descanso y la conversación literaria en la famosa librería de Fe, donde acudían, como en pequeño Parnasio, las más relevantes figuras del pensamiento y de la idea de aquellos días. ¿Fue entonces cuando don Gaspar consciente de la labor poética renovadora de Rubén Darío, hubo de confesar la decadencia de su propio estilo? Habrá que reconocer que en aquella declaración a Darío de su propia obra había un mucho de fervorosa devoción al autor de «Marcha triunfal» dada a conocer en 1895 y que cuando él vino a Madrid había ya dado en vibrante sonoridad lírica la vuelta al mundo. «¡Ah!, amigo Darío, mi tiempo ha pasado. El campo es ahora suyo». Era una gran verdad

confesada de poeta a poeta. Estas frases de don Gaspar venían a ser como su testamento literario. El mundo del verso volvía un recodo para iniciar otro camino. El autor de «El vértigo» y de «La visión de Fray Martín», cerraba por sí solo un paréntesis de la poética española.

Como es sabido, aquel mismo año de 1892, se intenta que Rubén Darío se quede en Madrid que tanto quiere y admira, mas las gestiones hechas cerca de la Compañía Trasatlántica, del Marqués de Comillas, para su ingreso en ella, dan un resultado negativo. Rubén Darío, descorazonado, regresa a su país. Cuando por segunda vez —1899, ya se ha dicho—, vuelve a España, lo hace como corresponsal de «La Nación» de Buenos Aires. En el barco que le conduce y en alta mar, tiene el ya famosísimo poeta, conocimiento del Tratado de París. (2)

Con fecha 30 de junio de 1893, la Asociación de Escritores y Artistas Españoles que se había visto valorada en su Congreso con la presencia del poeta, otorga a Rubén Darío el título de Socio de Honor. El diploma correspondiente acreditativo lo firma don Gaspar Núñez de Arce, como Presidente, y don José del Castillo y Soriano, como Secretario. ¿Cómo fue que tan valioso documento que le concedía tan señalada distinción no llegó a manos del poeta? ¿Se había ausentado de Madrid? No obstante al no hacerlo en la fecha señalada en tan valioso documento, pudieron muy bien entregárselo cuando en 1899 vuelve a España y a la capital de la nación concretamente. Sin embargo, en las reseñas de los actos académicos celebrados por la Asociación —que yo he biografiado— no aparece ninguna sesión a este respecto de entrega y homenaje al insigne vate nicaragüense. Cabe suponer, eso sí, que Rubén Darío tuviera conocimiento de un hecho que era, en su distinción, una prueba de afecto y devoción a su extraordinario estro poético.

Ahora, todavía reciente el tributo conmemorativo al poeta en la fecha del centenario de su nacimiento, bueno será aportar para el más amplio conocimiento de los pormenores biográficos de Rubén Darío, los datos que anteceden, prueba inequívoca de la devoción que España siempre tuvo por el insigne poeta de la Hispanidad.

MARIANO SÁNCHEZ DE PALACIOS

C. de la Real Academia Hispanoamericana de Ciencias, Artes y Letras.

(1) Había desembarcado en Barcelona, en los días finales del 98.

(2) Por iniciativa de don Miguel Ramos Carrión, la Junta Directiva de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, por conducto del Gobierno español elevó a la Comisión reunida en París para acordar las bases del tratado de paz entre España y los Estados Unidos una exposición a fin de que se garantizaran los derechos de propiedad intelectual en los territorios donde iba a cesar el dominio español.

La Comisión de París tuvo muy en cuenta la petición, y resolvió (29 de septiembre de 1898) de acuerdo con lo solicitado, consignar en el tratado de paz los principios conducentes a que se respetara el derecho, con tanta fortuna sostenido por la prestigiosa Asociación.